CHICHARRITO

7 JUN 1929

10 céntimos

Núm. 7

PROVENZA, 266 BARCELONA

ROMÁN GIL-EDITOR

PROVENZA, 266 BARCELONA

Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

¡Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y Filipinas, por E. Rodríguez Solís.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.

Luchas Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victoriano Reinosa de León. (Continuación de ¡Viva España!, Ilustrada con riquísimas cromolitografías. — Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo —Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Miserias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Eleuterio Ruilop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Picolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la Restauración, por D. Vicente Blasco Ibáñez, con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall.—Segunda edición corregida y aumentada—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.

Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don Emilio J. M. Nogués, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).—Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia, por D. E. Rodríguez Solís.—Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.—Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos de celebridades.—Glorias republicanas (americanas y españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil Blas*.-Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.-Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.

La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta de 43 cuadernos, formando 2 tomos.

Conflictos entre la Razón y el Dogma (Memorias íntimas de un librepensador), por H. Ardieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, Teléfono y Radiógrafo.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los cielos.—Astronomía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, por Leandro García Merino.—Forma esta interesantísima novela un volumi noso tomo de 492 páginas en 4.°, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4 ptas

NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zaza, Mimí y C.ª
Enrique de Lagardere ó El Jorobado.

Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchiche.

Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres

La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Angel.
Abandonada en el Mundo.

Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer.
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Imerecia.

El Cuento de María.
Andra os y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado o La Orfandad por Herencia.
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.

Mujer y Angel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Angel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series se refieren, por el Capitán Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos po las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
» 2.ª—Los Naufragos de «El Elthen» (5 id.)
» 3.ª—Los Hijos del marino Crammer (6 id.)
» 4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 id.)

Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
» 6.ª—Un drama en un Globo (4 id).
» 7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 id.)

ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. ROMÁN GIL, PROVENZA, 266, bajos.--BARCELONA.
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.

AÑO I NÚM. 7 BARCELONA

Chicharito

Croniquilla

Carta para CHICHARITO:

«San Sebastián, 30 Agosto.

»Mi estimado CHICHARITO: Tomo la pluma para comunicarte los episodios más interesantes de mi vida en la playa.

»La primera tarde que salí de paseo me siguieron dos caballeros.

»Aquella misma noche les recibí en casa, cenamos juntos y pagaron el gasto, porque eran muy finos y rumbosos.

»Pero ¡ay! amigo CHICHARITO, aquellos dos señores tan finos y tan guapos sintieron celos el uno del otro y al salir á la calle se mataron ambos, mientras yo presenciaba la lucha desde el balcón con el pelo suelto y una bata de encajes que había estrenado aquel mismo día.

»No habían pasado cuatro horas cuando el criado del hotel me entregó una carta.

»Abrí el sobre y me quedé como la que no sabe leer, ante unos signos y garabatos rarísimos.

»—¿Quién le ha dado á usted esto?—le pregunté al camarero.

»—El chino del veintitrés,—me contestó.

»—Pues dígale usted de mi parte que no entiendo una jota de lo que ha pintado aquí. Y puede añadirle que si tiene algo que decirme, que se me presente.

»El criado se fué, y á los pocos minutos tenía delante al chino más feo que te puedas imaginar.

»—¿Sabe usted hablar español?—le pregunté.

»—Una *miaja*,—me contestó.

»—¿Entonces por qué me ha escrito usted así?

»—Porque sé hablar, pero no sé escribir.

»—Está regular. ¿Y qué desea de mí?

»—Que me ame como yo la amo.

»—No puede ser.

»—Soy muy rico.

»—Y horriblemente feo... imposible.

»—¿De modo que no hay esperanza?

—Ninguna.

»—También está esto regular,—siguió el chino.

»Y sacando un cuchillo muy largo y muy ancho se hizo una cala en la barriga, como si se hubiera tratado de una sandía.

»Después me besó los pies con profundo respeto y se retiró á su cuarto, donde falleció, pronunciando mi nombre y el del general *Curro Paquiro*, ó cosa así.

»Al día siguiente recibí treinta y dos declaraciones.

»Aquellos treinta y dos caballeros me pedían amor á cualquier precio, en vista de lo cual redacté una especie de carta-circular, la mandé imprimir y la repartí entre mis pretendientes.

»Decía así mi carta:

»En mi poder su grata del 27, debo manifestarle que no puedo servirle su pedido amoroso, por la poderosa razón de no tener existencias bastantes para cumplir con los infinitos compromisos que me acosan en estos momentos. Si quiere usted esperar á que me desahogue un poco, tendrá el gusto de ponerse á sus órdenes su afma. y s. s.—*Amalia.*»

»¡Ay, amigo CHICHARITO! Esta circular tan comedida, que me fué dictada por un comerciante al por mayor que tiene su cuarto junto al mío, surtió el efecto contrario al que yo ya me había figurado. Los treinta y dos amantes, juntos con doce ó catorce más que me acababan de salir, se presentaron en la puerta del hotel serían las nueve de la noche.

»La plateada luna iluminaba el cuadro.

»Aquel puñado de enloquecidos por mi amor, comenzaron por cantarme un coro á voces solas, muy triste y muy sentido

»Después, el cabeza de motín, alzó la voz y dijo:

»—¡Amalia, salga usted á la ventana que tenemos que hablar!

»Yo, claro, salí y me quedé aterrada.

»Cada uno de aquellos locos llevaba la pistola en la mano.

»—¿Qué desean ustedes?—pregunté con temblorosa voz

»—Que nos ames,—dijo uno.

»Sois muchos. Pedís una locura. Eso es imposible.

»—Pues bien. Mira lo que hacemos.

»Y en aquel momento se oyeron varios disparos de arma de fuego, muriendo uno por uno todos mis amantes.

»La población está aterrada. Llevo más de cincuenta muertes en cuatro días.

»Pero aun hace más mi compañera Rosario.

»Esta llegó la semana pasada y ya ha desplumado á doscientos infelices Por hoy nada más. Ya le tendrá al corriente de lo que siga ocurriendo su buena y cariñosa amiga Amalia.»

Por la copia,
EL SECRETARIO

Danza árabe para dormir el sultán

De caza

PERO qué demonio de afición á la caza y qué estragos puede producir en el hogar domestico!

Sin ir más lejos:

Ahí tienen ustedes á Ricardo pasándose los días fuera de casa, sin reparar en su mujer que se queda sola y aburrida, que es lo peor.

Pero él nada, erre que erre. Coge la escopeta y el perro, y á perseguir conejos, aunque tenga que andar cinco leguas de un tirón.

Y Ricardo, como todos los cazadores, tiene un amigo íntimo á quien también le gusta la caza en el *cercado ajeno*. Vamos, un chico muy fino y muy guapo, que pretende distraer á la mujer de Ricardo cuando éste no está en casa.

Días pasados se encontraron los dos amigos por los alrededores de la quinta del cazador.

—¿Has cazado algo?—preguntó Rosendo á su *íntimo*.

—Mira,—exclamó éste, presentándole un hermoso conejo.

—¡Que suerte, chico!

—Y eso que no he hecho más que salir.

—Pues continúa, que no es cosa de volver á casa en un día que empieza con tanta suerte.

—¿Volver? ¿Quien piensa en eso? Hoy tengo tela para todo el día.

Y como el perro empezaba á olfatear por la maleza, dejó á Rosendo y siguió su faena. El amigo sonrió, se frotó las manos, y sin perder un momento se dirigió á la quinta donde había quedado sola y aburrida la bella esposa del cazador.

—No me esperaba usted, Consuelo, ¿verdad?—dijo el mal amigo saludando á la esposa de Ricardo, que en aquel momento se entretenía hojeando unas revistas ilustradas.

—Le diré á usted, amigo mío; como esperarle sí que le esperaba.

—¿De veras?

—Sí, señor. Usted acostumbra á visitarme siempre que no está mi marido.

—De modo que adivina usted mis intenciones.

—Las adivino.

—¿Y qué piensa usted de mi eterno martirio?

—¿Ve usted? Eso del martirio no había llegado hasta mí.

—Pues sí, señora; sufro mucho, y le tengo á Ricardo una envidia tremenda.

—Eso es pecado, Rosendo.

—¡Pero qué suerte tiene ese hombre!

—¿Con la caza? Ya lo creo. Es un gran tirador.

—Sí, señora, sí. Los mejores conejos se los lleva él.

—¿Y por eso es la envidia?

—Por eso,—exclamó Rosendo, tratando de coger una mano de Consuelo.

Esta la retiró en el acto, y haciendo un gesto gracioso, continuó:

—Si me promete usted no reincidir, yo haré que usted participe también de su suerte.

Esto lo dijo la joven con tal picardía y entornando los ojos de un modo tan especial, que Rosendo, loco de amor y de inmensa alegría, cayó á sus pies, exclamando:

—¡Oh, mujer incomparable! En este

momento me acaba usted de hacer el más feliz de los hombres.

—¿Por tan poca cosa?

—A usted se le figura poco, poseer aunque sea por una vez, lo que tanto envidio á ese hombre.

—Bueno, pues tenga usted juicio que su capricho se verá realizado.

—¿Y cuando seré el mortal más afortunado de la tierra?

—Hoy mismo.

—Esta noche.

—¿Para qué tan tarde?

—¡Oh! Es verdad. Cuanto más pronto mejor.

En este momento se oyeron pasos en las habitaciones inmediatas.

Rosendo se puso en pie.

—¿A qué hora?—preguntó con voz trémola.

—Voy á contestarle pronto.

Y saliendo del gabinete volvió á entrar en seguida, nada menos que con su esposo que acababa de llegar.

Rosendo se puso pálido, pero procuró disimular lo mejor posible.

—Aquí tienes a tu amigo, cansado de esperarte,—dijo Consuelo presentando á la vez á Rosendo.

—Pues no hace mucho que nos hemos visto en la huerta.

—Sí, ya me lo ha dicho; pero de repente le ha dado una manía ó un capricho y quiero complacerle.

—Ya sabes que tu voluntad es la mía.

—Pues bien,—siguió Consuelo cogiendo el morral del cazador.—Lo prometido es deuda. Aquí tiene usted el conejo que tanto le ha gustado Que le haga buen provecho y que sea esta la última vez que venga á molestarme con sus ridículas pretensiones.

Y señalando la puerta, obligó á Rosendo á salir, sin despedirse, mas corrido que una mona y con el conejo entre manos.

Ricardo cruzó con su esposa una mirada de inteligencia, y estrechándola en sus brazos, exclamó:

—Se acabó la caza, Consuelo.

Su esposa abandonó por algunos momentos su aspecto alegre cambiándolo por otro serio y hasta amenazador si cabe.

—Supongo que te habrás hecho cargo de todo,—exclamó.

—De todo. . ese es un sinvergüenza que ya lo arreglaré yo. Te repito que ya no tendré más caza que tú ..

—Bueno, pues prepara municiones, y no dejes que se te cuele nadie en el coto.

R. DE LARDIN

El clavel

CUANDO Rosario se quedaba sola en su cuarto del teatro, suspiraba tristemente, después sonreía mirándose al espejo, y al poco rato se quitaba las medias y se ponía las mallas de bailarina.

Porque Rosario, á pesar de los suspiros, era una bien formada bailarina.

¿Por quién suspiraba Rosario?

Por un joven sencillo, pálido de rostro, de mortecina mirada y andar pausado.

Lo contrario que ella.

Rosario andaba de puntas, y le daba quince vueltas al escenario y á la empresa en menos de un minuto.

¿Amaba la bailarina al joven pálido de mirar melancólico?

¿Quién es capaz de penetrar en el fondo de una mujer que, por añadidura, da más vueltas que una veleta?

***

Rosario celebraba la función de su beneficio.

El teatro estaba completamente lleno, porque la artista era de las que tienen su público.

Y como es natural, entre la inmensa masa de gente destacaba la delicada figura del joven pálido.

Este se colocó en la segunda fila de butacas entrando á mano derecha, y llevando en la solapa del chaquet un hermoso clavel blanco.

Rosario salió a escena y el público le tributó una verdadera ovación...

Pero ella no tenía ojos más que para el interesante joven de la segunda fila de butacas entrando á mano derecha.

Este no aplaudía, pero de sus lánguidos ojos brotaron dos lágrimas que fueron á caer sobre el clavel, quedándose en sus hojas como dos topacios.

Las lágrimas de este joven tiraban á dorado.

La bailarina observó la conmoción del infeliz, y adoptando una postura de ángel que va á caer, le envió un beso con las puntas de los dedos.

Aquí el público creyó suya aquella demostración de cariño y prorrumpió en frenéticos bravos de entusiasmo.

Todos aplaudían, todos menos el joven pálido de la segunda fila de butacas entrando á mano derecha.

Este seguía llorando.

Pero cuando la concurrencia se quedó tonta, fué al final del acto ó sea después de haber bailado un solo dificilísimo que terminaba con cuarenta y dos vueltas sobre un pie.

La escena se llenó de artísticos y costosos ramos de flores.

Rosario miró al joven, y al notar que no tenía el clavel en la solapa, bajó los ojos y lo encontró á sus pies con las dos lágrimas que brillaban con amoroso fulgor.

¡Oh, qué arranque aquél!

Sin fijarse que estaba ante un público, se puso en cuclillas, recogió el clavel del joven pálido de la segunda fila de butacas entrando á mano derecha, lo besó mil y mil veces, se lo es-

condió en el seno temerosa de que se lo arrebataran y se encerró en su cuarto suspirando con indecible ternura.

Cuando terminó el espectáculo, entró en un coche donde la esperaba un joven que la recibió en sus amantes brazos.

—¿Dónde vamos, monona?—le preguntó.

—Ahora á comer,—contestó ella,—porque tengo un hambre que no veo.

—¡Nada más que una?

—O media docena, si tu quieres, pero vamos pronto, porque las emociones me han abierto el apetito atrozmente.

¿Y ustedes creerán que éste del coche era el joven pálido de la segunda fila de butacas entrando á mano derecha?

Pues no, señores. Este era uno de los infinitos satélites que tenía la estrella para divertirse y para que le dieran de comer.

No todo ha de ser suspirar y oler claveles.

¿Pero entonces por qué se enternecía con el joven pálido? Preguntaran ustedes.

¿Le amaba ó no le amaba?

Pues eso es, que no le he podido averiguar.

Sólo sé que todas las noches se sienta el joven pálido en la segunda fila de butacas entrando á mano derecha.

JOAQUIN ARQUES

Cantares ilustrados

Si te quieres convencer
de lo que es la autoridaz,
fíjate en estas hechuras
y en el ángulo facial.

Hoy más alegre que nunca
voy á ver á mi morena,
y de seguro se muere
al verme con la chistera.

Aquí tienes tú, serrana,
al hombre de más valor:
tengo un ama y diez niñeras,
toas á mi disposición.

El despertar de Lucila

Aquí acaba de despertar de un agradable sueño

Aquí piensa en lo último que hizo la noche pasada

Aquí, claro, se avergüenza un poco...

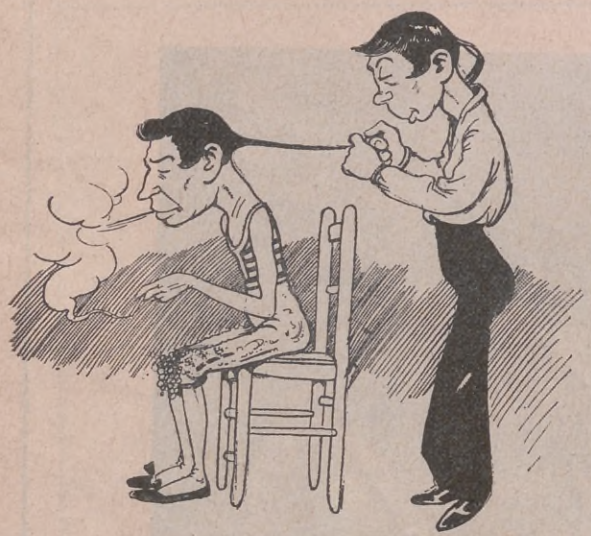
Aquí se coge la cabeza como diciendo: ¿Qué hice?

Aquí oye pasos y ve á Ricardo que vuelve

Y aquí se prepara con objeto de no repetir la suerte

La "toilette" del torero

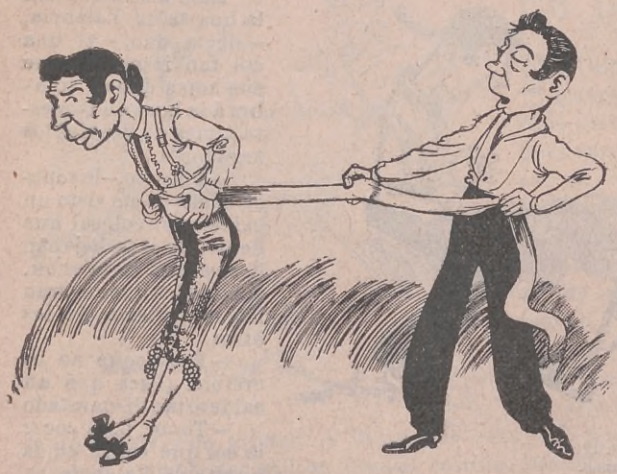
Primero el maleta,
con mucho cuidado,
se tira en el suelo,
le corta los callos,
y los pies le arregla
sin hacerle daño.



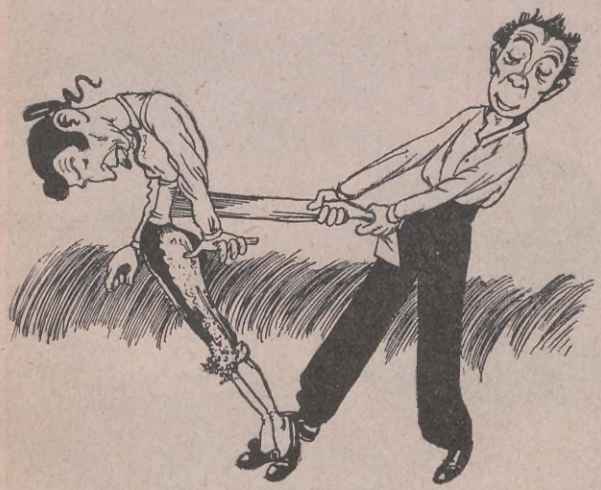
Después el maestro
se fuma un cigarro,
mientras el maleta,
con gracia y con garbo,
le arregla los pelos
y los va trenzando.

¡Zape!

Mira, arréglame la ropa
y bájate de la cama,
que es hora de que trabajes
y no de estar entre sábanas,
máxime siendo festivo,
teniendo que ir á la plaza
pa comprar como si fuera
el *restaurante* mi casa,
ya que tú misma invitaste
á la Eugenia y á la Ignacia,
para que coman los callos
que hacen tus manos de plata.
¿No levantas? ¿Qué dices?
Mira que quiero hacer gárgaras
y se me toma la voz ..
y estropeo la garganta
pidiendo lo que es preciso
para estar como Dios manda.
Después, te quejas y chillas
si te doy unas patadas
en el abdomen ó en sitio
más cercano á las espaldas...
No te olvides, como siempre,
que te has de lavar la cara,
que eres muy sucia, muy sucia,
y si empiezas á echar grasa...
hay que cogerte con pinzas
porque á cualquiera le manchas.
Mira que todos me dicen
que no conoces el agua...
y que, á veces, la aprovechas
lo menos siete semanas
para lavar los enseres,
la verdura, y ropa blanca...
¿Que no respondes? ¡Mecachis!
¡Pero mujer! ¿por qué callas?
Mira que estoy muy nervioso
y tengo aquí, en la garganta,
un nudo que me domina
y estoy trinando de rabia...
Que es tarde... Que son las doce...
—Pero hombre, déjame y calla...
Ya diré, si no me pegas,
por qué estuve tan callada.
Es que tenía en la boca
lo que ayer me dió mi hermana.



Ponerse la faja
es lo más cansado,
si es que no se hace
por salir del paso;
pues hay que apretarla
con mucho trabajo.



—Tira bien,—le dice
el diestro al criado.—
Aprieta, con fuerza,
que ya voy estando.
Y á su vez aprieta
de un modo el muchacho,

—¿Qué te dió?
—*Pus* unos huesos
de aceitunas sevillanas...

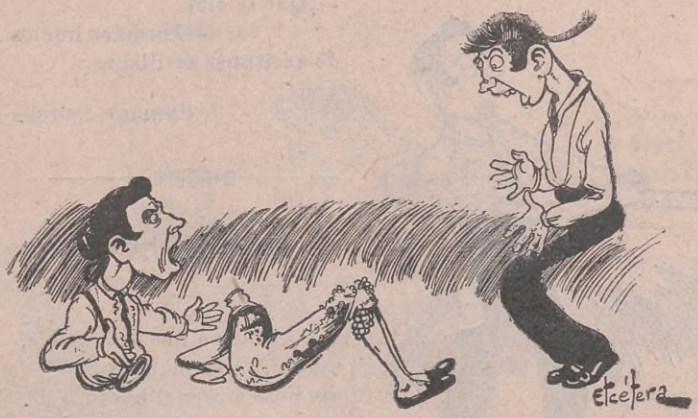
J. Enrique Dotres

Roer el hueso

Un hueso á roer me disteis,
señora, y con embeleso
me puse á roer el hueso,
puesto que así lo quisisteis.
Si la carne es uno de
los enemigos del alma,
ya vivir en santa calma,
royendo huesos, podré.
Y ved por donde, señora,
con el hueso que me dais,
el camino me labráis
de ir al cielo desde ahora.
Gracias, noble dama, os doy,
puesto que, merced á eso,
sin la carne y con el hueso,
derechito al cielo voy.
El hueso del pollo aquel
á ser virtuoso me obliga.
Pues la carne es mi enemiga;
¡le haré guerra sin cuartel!
Del demonio condenado
y el mundo, líbreme Dios;
ya que de la carne, vos
me librais de tan buen grado.
Bien supe el hueso roer;
aunque, señora, os confieso
que—por ser de pata—el hueso
me dió bastante que hacer.
Y hago punto, pues no quiero
seguiros dando la lata:
no vaya á meter la pata
(la del pollo) en el tintero...
Conque, ya sabéis, señora,
que roer huesos no me asusta.
Dadme otro á cualquier hora
¡y veréis cómo me gusta!

F. Oltra Dalmau

CHICHARITO



que deja al maestro
hecho dos pedazos.

MISCELÁNEA.—En la huerta de Valencia, —decía uno,—vi una col tan inmensa, que sus hojas daban sombra á la hora de la siesta á más de doscientos segadores.

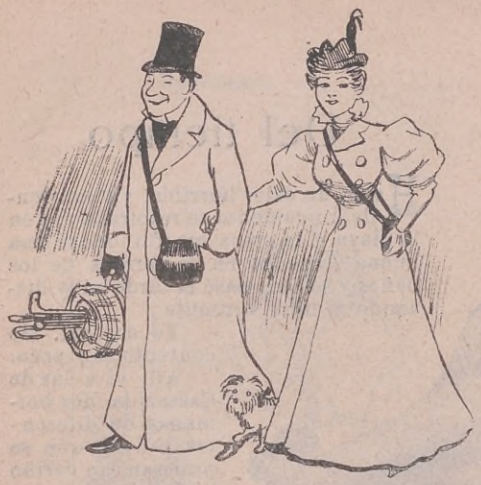
—Pues yo,--le repuso el otro,—he visto un caldero tan colosal que dentro de él trabajaban doscientos herreros, sin que los unos oyeran los martillazos de los otros.

—Eso sí que no es creíble. ¿Para qué un caldero tan disparatado

—Toma, para cocer la col que vistes en la huerta de Valencia.

¡Qué cosas hace el calor,
sobre todo en estas chicas,

que se tapan las cabezas
y enseñan las pantorrillas!



En busca de su mujer

Don Lino Repollete tenía una mujer muy guapa, y como él era muy feo se le escapó un domingo por la tarde, se vistió después como una *tourista* y se marchó al tren con un inglés muy rico que le hacia el amor desde antes de casarse.

La desesperación de don Lino fué *grandiosa*, y estuvo entre la vida y la muerte, siendo al fin salvado por el veterinario del pueblo que era muy amigo suyo.

Una vez restablecido el desdichado esposo vendió haciendas y muebles y se largó por esos mundos en persecución de la que tanto amaba. Fué primero á París, mas como no entendía el francés, le fué imposible saber si andaba por allí su desleal costilla. Después salió para Roma, y como él en sus mocedades le había gustado cantar trozos de ópera, le fué más facil aquel idioma y se enredó con una cantante de café para perfeccionarse en la lengua del Dante.

Pero ni por esas. En Roma no estaba su mujer.

Más tarde visitó Londres, Egipto y San Petersburgo.

Nada. Parecía que se los había tragado la tierra.

Por cuya razón el bueno de don Lino decidió volver á España, donde aun le quedaba algo para poder vivir con bastante modestia.

¡Y oh, casualidad de las casualidades!

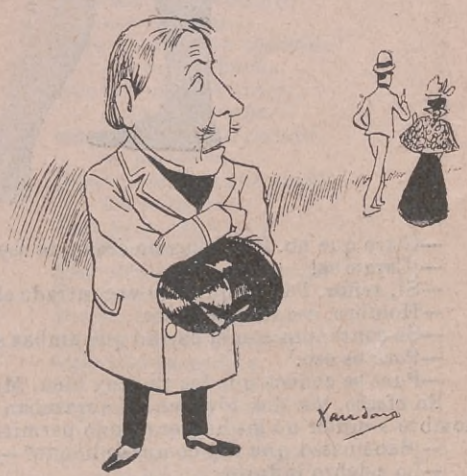
Al llegar á Barcelona vió á lo lejos una mujer en compañía de un socio.

—¡Ella es! —exclamó don Lino, perdiendo el color.

Y se adelantó para caer sobre la amante pareja.

Pero antes de llegar vió que era su mujer en efecto, pero cursimente vestida y acompañada por un pelagatos y no por el opulento inglés.

Don Lino reflexionó y se volvió de espaldas, dejándoles seguir su camino tranquilamente.



***

—Adiós, Lino,—le dijo un amigo días pasados.—¿Has encontrado, por fin, á tu mujer?

—Sí, pero apenas podría servirme de algo.

—¿Cómo?

—Para seguir trabajando, prefiero estar solo... en fin, chico, la dejó el inglés, se agarró á un perdis, y para que me lleve el diablo, que me lleve en coche, y así todos satisfechos.

R. ROLDON

Del tiempo

Hacía un calor horrible, y como donde únicamente se respiraba era en la playa, á la playa me fuí, ocupé una buena *localidad* en la terraza de los baños y allí me pasé la tarde muy distraído y muy contento.

Yo soy así. Me contento con poco.

Allí vi á las de Cascarilla, dos hermanas de diferentes padres, que se profesan un cariño bárbaro.

Luciendo sus interesantes trajes de baño, y cogiditas de la mano como dos tontas, se paseaban por la finísima arena de la playa, sepultando sus diminutos pies en el resbaladizo terreno y soltando francas y sonoras carcajadas. De vez en cuando se dirigían hacia la terraza, observaban con especial detenimiento, y echaban á correr haciendo graciosísimas piruetas.

Y no faltaba quien aplaudiera, como si se encontrara en un teatro.

Cualquiera hubiera dicho que se reían de los que las mirábamos codiciosamente.

—¿Todavía no tienen novio esas chicas?—pregunté á un amigo que también las conocía.

—Ni los tendrán,—me contestó sonriendo

—Pues no son despreciables.

—Claro que no. Pero ellas no cesan de repetir que les cargan los hombres.

—¡Caramba!

—Sí, señor. Parece que han encontrado el medio de vivir sin amar.

—Hombre, eso no puede ser.

—Se contentan con el cariño que ambas se profesan.

—Poco es eso.

—Pues se conoce que les va muy bien. Mire usted cómo se acarician ahora.

En efecto, las dos jóvenes se abrazaban y hacían infinidad de monerías que entre hombre y mujer no les hubieran sido permitidas en público.

—¿Sabe usted que voy comprendiendo?—exclamé, fijando más mi atención.

—Lo celebro infinito.

—Pero aun me queda una duda que quisiera aclarar.

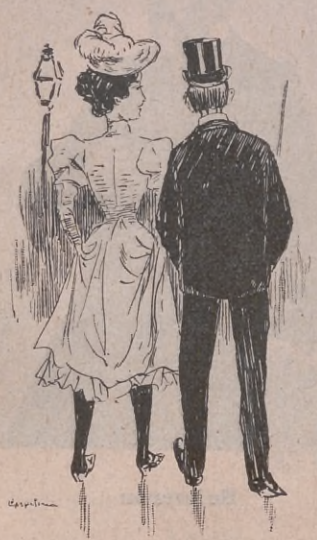
En este momento una de las jóvenes invitó á la otra á entrar en el agua, y como no quisiera, le dió una palmadita en una cadera, la cogió en brazos y la metió en el agua como si hubiera llevado una pluma.

—Esa es la varonil,—murmuré.—Ya lo comprendo todo.

SALUD SALON

Refranes

Cuando alguno se... recrea
siempre hay alguien que lo vea.



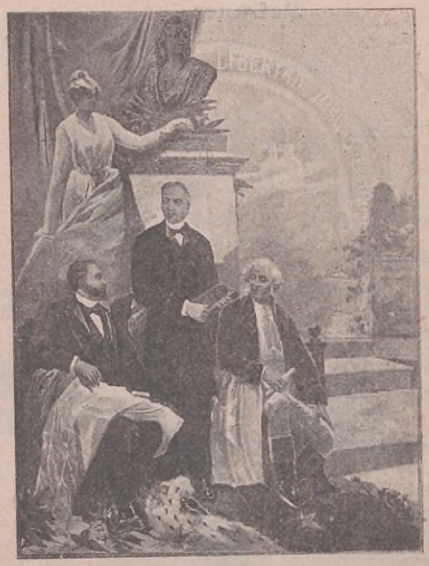
Cuando acabe de llover
no salgas con tu mujer.

¡Oh, el arte!

Yo, que paso la vida
con las mujeres,
que es tan sólo lo bueno
que el mundo tiene,
he visto cada cosa,
¡Válgame Dios!
digna de relatarse
sin aprensión.
Hay serrana que afirma
le gusta el arte
del Montes, Lagartijos
y Costillares.
Otras, por los payasos
sienten envidia,
y hacen la mar de *planchas*
de noche y día.
También ciertas mujeres
les gusta el sable,
y te hablan de Pini (ojo,
no equivocarse.)
También les gusta á muchas
la bicicleta,
los engranajes, radios
y las manetas,
que *baten* cuando quieren
cualquier *record*.
(Lo que *baten*... de sobra
me lo sé yo.)
Y las hay que el *bel* canto
las enamora,
y ya son más temibles
esas señoras...
Pues bien, yo he conocido
cierta muchacha,
que me pidió el apoyo
porque las *tablas*
son su constante anhelo,
su pesadilla...
¡Jesús, con qué entusiasmo
me lo pedía...
Porque la chica vale,
debuta pronto.
Que yo también la *empujo*
poquito á poco...
Por fin he conseguido
lograrle un puesto;
trabaja de segunda
con poco sueldo,
pero ella estará alegre
cuando me dice:
—Le debo, el codearme
con las actrices.
Si no me abre la senda...
no llego nunca...
¡Que llega, si es por eso,
no cabe duda!

MORENO

La república



Tres glorias republicanas

Alegoría á la libertad

Salmerón

Las condiciones y precios de los cromos cuyas láminas publicamos en esta página, pueden verse en la siguiente.

LA REPUBLICA

Es un hermoso cromo á doce colores, que mide sesenta por ochenta y dos centímetros, pudiendo presentarse como un elegantísimo cuadro.

Precio: dos pesetas, franco de portes, que pueden remitirse en sellos de correo.

TRES GLORIAS REPUBLICANAS

Este precioso cromo, que en la actualidad está alcanzando gran éxito, mide setenta y siete por cincuenta y siete centímetros, al precio de una peseta cincuenta céntimos, franco de portes, que pueden remitirse en sellos de correo.

ALEGORÍA Á LA LIBERTAD

Hermoso cromo que mide setenta y siete por cincuenta y siete centímetros.

Precio: una peseta cincuenta céntimos, franco de portes, que pueden remitirse en sellos de correo.

Retrato de Salmerón

Magnífico cromo, que puede competir con un cuadro al óleo, y que mide sesenta por ochenta y dos centímetros.

Es sin disputa el más acabado y parecido de cuantos hasta la fecha se han publicado.

Su precio es el de una pesesa cincuenta céntimos ejemplar, franco de portes, que pueden remitirse en sellos de correo,

Pueden adquirir éste y los antedichos cromos, los suscriptores y lectores de CHICHARITO, dirigiéndose á esta administración, calle de Provenza, 266, Barcelona, á nombre de ROMÁN GIL.—Editor.

Piripitipi

Tenemos colecciones completas, ó sea el año que se ha publicado este semanario.

Dicha colección forma un precioso tomo, con profusión de grabados, cuentos alegres, versos é historietas festivas.

La colección, que consta de cincuenta y dos números, sin encuadernar, **3 pesetas.**

Encuadernada con elegantes tapas en tela, **4,50 pesetas,** franco de portes, que pueden remitirse en sellos de correo.

Han quedado puestas á la venta las elegantes tapas para encuadernar el tomo que forman los cincuenta y dos números de *Piripitipi*.

El precio de cada una de dichas tapas será el de una peseta veinticinco céntimos, franco de portes, que pueden remitirse en sellos de correo.

También puede servir colecciones en Madrid don Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería, y los demas corresponsales de provincias.

CHICHARITO

Precios de suscripción:

Un año	pesetas	5'50
Semestre	»	3'00

Redacción y Administración: Provenza, 266, bajos - Barcelona

Barcelona: Imprenta de Antonio Virgili en Cta.— Rosellón, 208.